

**González Elipe, Miguel**

**Consideraciones sobre el renacimiento : discurso  
leído en al Academia Científico-literaria de la  
Juventud Católica de Madrid el día 25 de mayo de  
1880 / por Miguel González Elipe.**

Madrid : Imprenta de los señores Lezcano y  
Compañía, 1880.

Vol. encuadernado con 27 obras

Signatura: FEV-AV-M-01448 (25)

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de  
España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de  
lucro siempre y cuando se cite la fuente*



25

CONSIDERACIONES

SOBRE

**EL RENACIMIENTO.**

---

DISCURSO LEIDO

EN LA

**ACADEMIA CIENTIFICO-LITERARIA DE LA JUVENTUD CATOLICA DE MADRID**

EL DIA 25 DE MAYO DE 1880

POR EL ACADÉMICO

**MIGUEL GONZALEZ ELIPE.**



**MADRID.**  
IMPRENTA DE LOS SEÑORES LEZCANO Y COMPAÑÍA.  
5—SANTÍSIMA TRINIDAD,—5.  
1880.

CONSIDERACIONES

EL RENACIMIENTO

SEGUNDO LIBRO

REUNION GENERAL DE LA COMISION DE VARIOS

LA COMISION DE VARIOS

LA COMISION DE VARIOS

MICHAEL GONZALEZ ESTE

MADRID

REUNION GENERAL DE LA COMISION DE VARIOS

LA COMISION DE VARIOS

## SEÑORES:

Empiezo por declarar con orgullo que la Sección de Letras de esta Academia, fiel al apellido que lleva, ha cumplido en esta ocasión como se hacía esperar de la lucidez de inteligencia y de los vastos conocimientos de los oradores que han tomado parte activa en la discusión del tema—«Carácter del Renacimiento,»—aquí iniciado y planteado hábil y elocuentemente por el señor Salcedo.

Después consumieron turno en pro ó en contra los señores Menéndez Pidal, Belda, Rivas, Díaz de Mendoza, marqués de Paredes, Nofrarias, Blas y Ubide, Cornet, Lázaro, marqués de Aguilar y Liñan, manteniendo una contienda empeñada, cortés y discreta y haciendo alarde, unos de severidad de raciocinio y lógica inflexible, otros de sencillez encantadora de estilo, ó de copiosa erudición, ó de magnificencia de lenguaje, ya sobre los clásicos y románticos, ya sobre la naturaleza de la belleza, ya sobre el realismo é idealismo, ya sobre las consecuencias que trajo á la civilización cristiana la afición á las obras de griegos y latinos, ya sobre la in-



dependencia y finalidad moral en el arte y otros puntos accidentales y secundarios.

En la imposibilidad de ocuparme, como sería mi mayor deseo, minuciosamente de cada uno de los discursos pronunciados, yo condensare en uno más, siquiera sea el más pobre y desautorizado de todos, las varias opiniones y juicios expuestos sobre la multitud de materias que la especialidad de los talentos y carreras de los Académicos y el ardor de la polémica, siempre viva y palpitante, ha producido y engendrado.

No dejaré este punto sin manifestar el placer que siento, la grata impresion que recibo en este instante, al daros, en nombre de la Academia y de la Seccion que represento, cuyos títulos y blasones á tanta altura habeis colocado, la enhorabuena más cumplida y la más cordial felicitacion.

Ahora permitidme que deplora amargamente la triste suerte que os cabe de escucharme.

El tema es como pocos vasto y capaz: comprende un curso de literatura general; en él se encierran las cuestiones más sutiles y espinosas de la estética moderna; ha sido objeto en España y fuera de ella de docta controversia y esmerado análisis. ¿Qué mucho que ante semejantes dificultades vacile mi ánimo y desfallezca mi razon? Yo, que desde esos bancos hubiera quemado algun cartucho en defensa de mi opinion, á la buena de Dios, segun mi leal saber y entender, me veo en el fiero trance, por culpa de mis pecados, de dirigiros la palabra desde este sitio, que da á todo lo que se habla cierto tinte de dogmatismo y autoridad, puesto que el presidente clasifica, ordena, sintetiza, compara y resume á

su gusto las ideas vertidas sin temor á la réplica, como lección de catedrático, como pincelada de maestro que pone fin y remate á las bellezas de un cuadro.

Repetidas veces he intentado descargarme de este ímprobo trabajo, más bien por motivo del cariño que os profeso, del respeto que me mereceis, que atendiendo á las fatigas á que habia de someter mi débil inteligencia. Pero me he preguntado: ¿no es una costumbre de antiguo establecida? ¿No es una regla comun, uso y práctica constantes de todas las sociedades científicas y literarias? ¿No es cuasi un deber que compensa tibiamente la alta honra de presidiros? Pues si es una condición de justa reciprocidad, un deber... allá voy... que me precio de católico humilde y no rehuyo en la vida, por fiasco más ó ménos, la escrupulosa observancia de mis obligaciones.

Señores: Todos sabeis que el Imperio romano, carcomido por sus vicios, desguarnecido en sus dilatadas fronteras de ejércitos leales, acosado por las continuas quejas de sus súbditos, falto de aquel espíritu de cohesión y unidad de otros tiempos, minado por la nueva doctrina religiosa que destruía de un golpe sus ídolos y altares, fraccionado y dividido en dos por la traslación á Constantinopla del trono de los Césares, relajada la familia, agobiado de onerosos tributos, aletargado con el opio de las orgías y placeres, fué sencilla cosa á las tribus de bárbaros que acampaban en los límites de su vasto territorio, que á las veces se internaban en el corazón del Imperio y asolaban y devastaban comarcas enteras, un día empujadas por otras hordas, caer sobre Roma, saquearla, repartirse los despojos, dictarla le-



yes, y áun someterla á los caprichos de un afortunado caudillo, como á débil cortesana ó despreciable meretriz.

La destruccion del Imperio se consumó. Sobre sus ruinas y humeantes escombros se alzaron soberbios los conquistadores, fundando multitud de pequeños Estados. Alejados en un principio vencedores y vencidos, bárbaros é indígenas, por radicales elementos de discordancia, por antagonismo de raza, idioma y costumbres, bien pronto, merced al suave y benéfico yugo que sobre todos ejercia el Cristianismo, á la influencia de los Concilios, de la ciencia de los teólogos, de las predicaciones y ejemplos de monjes y sacerdotes, se sometieron á un mismo nivel de civilizacion, tomando los godos mucho de los romanos, y éstos no poco de los primeros. Y aquí comienza el primer momento de la Edad Media y los primeros destellos de su literatura y artes.

La lengua del Lacio sufre alteracion profunda. Mezclada con la jerga teutónica, germánica, sajona, eslava, corrompida su hermosa y genial estructura con el uso de giros, modismos y locuciones; habiendo revivido en medio del total desorden los antiguos dialectos, los primitivos, ya desnaturalizados idiomas céltico, índico, ibero, fenicio, hebreo, griego, etc., nadie extrañará que lenta y paulatinamente, segun cuadraba en aquellos tiempos de guerra y sobresalto, de ignorancia y abandono, se fuera formando una lengua popular en competencia con la sábia ó erudita que se hablaba en los monasterios, que era la oficial en los documentos públicos y relaciones diplomáticas, y la que corria en manuscritos y legajos entre los muy pocos que entendian de letras.



Atentos los pueblos, más al estruendo de las armas y á las empresas belicosas que á su ordenacion y concierto; debilitadas las nacientes monarquías por luchas intestinas de elecciones de príncipes á la Corona, por cismas religiosos, por rivalidad de castas y otras causas, la manifestacion artística, como las demas de la actividad humana, carece de importancia en este período embrionario; es casi nula, á excepcion de la arquitectónica, que revelaba ya su poderoso aliento y la grandeza de sus triunfos.

A través de estas contrariedades y rudas peleas íbase elaborando providencialmente el símbolo de la nueva civilizacion. Necesitábase de largos siglos para que envejeciera el paganismo metido en la médula de los huesos de la sociedad, para que se amansara y pulimentara la nativa fiereza de los bárbaros, y para que brillara en todo su esplendor la nueva, rica y exuberante civilizacion cristiana.

Las conquistas crecientes de los moros, la fe y entusiasmo guerrero que se apoderó de estos fanáticos sectarios de Mahoma, su invasion en España, hicieron temblar en sus cimientos á las monarquías y repúblicas feudales de Europa. Las Cruzadas, guerras eminentemente religiosas del Occidente contra el Oriente, establecieron trato, comunicacion y comercio con la raza árabe, que gozaba á la sazón de gran autoridad y prestigio en las ciencias y las artes.

Esta circunstancia produjo modificaciones de suma entidad en la literatura de varios países, particularmente de aquellos, como España, en que musulmanes y godos andaban revueltos y confundidos.

Eran los hijos del Desierto exaltados, apasionados, muy dados á lo maravilloso y estupendo, al simbolismo y alegría; de fantasía ardiente y viva, impresionables, líricos por tradicion y genio, y por demas amigos de aventuras y de extrañas y utópicas narraciones.

Coincide con este hecho la difusion de la gaya ciencia de los trovadores de la Provenza, especie de poetas llamados bardos, juglares y de otros modos, que cantaban sus coplas y romances en los palacios de los reyes, en los castillos de los señores, en el campo y en la plaza pública; cuyos trovadores referian en prosa y verso escenas eróticas, episodios guerreros, truhanescas leyendas, milagrosas vidas de santos, consiguiendo los aplausos de todos y la curiosidad febril de la muchedumbre, á quien interesaba y conmovia y deleitaba por singular manera, ya con sus picantes historias, ya con sus relatos de las hazañas de los héroes, ya con las agradables y pintorescas descripciones de aventuras galantes y amorosas.

La literatura romana no se perdió del todo. Degeneró con la invasion de los bárbaros y con la nueva vida, usos y costumbres que surgieron del conflicto y choque de las razas; pero siempre se conservó un resto para que más adelante, cuando los monjes y los sabios se dedicaran con afan prolijo á rebuscar materiales y á exhumar documentos de la civilizacion que pasó, renaciera ésta, si no con el vigor y lozanía que ellos quisieran, en aquel grado compatible con la incultura de la edad y lo borrascoso de los tiempos.

De esta suerte la literatura de los eruditos, aunque reducida á cortísimo número de personas y no del todo

pura, porque la atmósfera que respiraban y los ideales en que bebían su inspiración eran, hasta cierto punto, hostiles y contrarios, iba haciendo su camino, atrayendo prosélitos y formando las avanzadas de una verdadera escuela en oposición sistemática y constante á la poesía romancesca, la cual también ganaba terreno y se perfeccionaba de cada día más entre las gentes del pueblo.

La toma de Constantinopla por los turcos, acaecida en 1453, remató la obra comenzada por los aficionados á los clásicos greco-romanos.

Multitud de griegos educados en las escuelas de Alejandría, poseedores de los tesoros científico-artísticos de sus antepasados, se esparcieron por diferentes comarcas. A invitación de reyes y magnates tomaron asiento en las cátedras de las Universidades, convirtiéndose muy luego en pedagogos y maestros de una buena parte de la sociedad. Principalmente en Roma, Florencia, Pisa, Génova, Venecia, Bolonia y otras ciudades, fijaron su residencia muchos filósofos y artistas distinguidos. A la sazón era Italia (siglos xiv y xv) el emporio de las ciencias y letras y el gran foco que iluminaba con sus resplandores á la Europa toda. Desde que Santo Tomás de Aquino escribió su grandioso *Compendio de la Filosofía*, sublime é incomparable obra del ingenio humano, sin rival en las edades de la historia; desde que el Dante dió á luz su inmortal epopeya de la *Divina Comedia*, espejo de los ideales de su época, Italia ejerció de hecho la soberanía del saber, como ántes había sojuzgado al mundo con la fuerza y autoridad de sus leyes, y luego y siempre por el Pontificado, por esa au-



gusta y alta institucion del Catolicismo, por esa cátedra infalible, especie de fortaleza inexpugnable, de roca de diamante que fosforece en las tinieblas de la noche, y contra la cual se quiebran y rayan sin herirla los metales más duros del escepticismo y la impiedad.

La modesta y fructífera labor de los monjes en su claustro solitario, la paciencia de los copistas y amanuenses, y el amor de algunos hácia los clásicos griegos y latinos, produjo á la larga una especie de idolatría. Desatóse como furia desencadenada la manía de imitar á Demóstenes y Ciceron, á Eurípides y Virgilio, á Terencio y Salustio, y vino aquel gran movimiento literario, aquella revolucion vertiginosa conocida entre los historiadores con el nombre de Renacimiento.

Nótese que este hecho no surgió de una manera súbita, ni puede señalársele hora precisa en la cronología de los tiempos. Apareció avasallador, preponderante, omnímodo en los fines de la Edad Media y albores de la moderna. «Proviene la palabra *clásico* de las jerarquías ó clases en que Aristófanés de Bizancio y Aristarco dividieron á los autores más selectos, formando de ellos el canon Alejandrino,» es decir, la norma única, los modelos eternos del linaje humano.

De igual suerte aconteció con el romanticismo. Fusionados los bárbaros con los indígenas hispano-romanos; introducidos en su literatura rudimentaria y tosca elementos de la de los árabes; en trato y roce con los trovadores de la Provenza, que difundian la gaya ciencia de sabor nacional y espíritu legendario, aunque algunos, los ménos, tenian cierto recorte de clásicos, vivió, creció, se desarrolló, se hizo grande y rica esta literatura popu-



lar, de inspiracion puramente cristiana, vaciada en los nuevos moldes de la Edad Media, al par y enfrente de la anteriormente reseñada, de la literatura erudita, sábia, culta ó clásica.

Tenemos, pues, dos escuelas: la romántica y la clásica, que representan dos civilizaciones opuestas; la pagana de Grecia y Roma, y la cristiana de la Edad Media.

Una vez iniciada la lucha entre los partidarios de ambas escuelas; lucha y rivalidad tenazmente sostenidas con éxito adverso ó favorable, segun la calidad y genio de los combatientes, ha llegado hasta nosotros, recrudecido en los últimos lustros del siglo pasado este problema crítico, en el que hay que quilatar la belleza y estudiar la legitimidad y merecimientos de las respectivas literaturas, y, por de contado, el carácter, tendencias y rasgos fisiológicos particulares de las civilizaciones que las inspiraron para ver de dictar sentencia.

Los griegos, apasionados por la simplicidad y por la exterioridad de una naturaleza exuberante y rica, más vírgen que la nuestra, con atractivos y encantos más seductores, porque era más primitiva, ménos retocada y disfrazada por la mano del hombre, buscaron la belleza en la forma, uniendo á la geométrica regularidad y armónica concordancia de las proporciones la sencillez. Sus estatuas y grupos esculturales son un modelo en cuanto á lo corporal y sensible del hombre. Sus pinturas, vivas encarnaciones de las galas y lujosa magnificencia de la naturaleza. Su arquitectura, regular, esbelta, graciosa, sin profusion de dibujos, hojarasca y follaje. Su poesía, popular y erudita á la vez, adecuada al carácter y circunstancias locales, científica, religiosa, heroica y vul-

gar, todo junto, que retrata maravillosamente el genio de la raza helénica y refleja como en un espejo de precioso metal pulimentado el estado particular de aquella civilización. La religión prestaba elementos á la fantasía de los poetas; la escasa difusión del saber favorecía la creación de lo estupendo y maravilloso; el fatalismo que dominaba en los espíritus consentía la entrada de los dioses en el enredo y desenlace de los argumentos dramáticos. Esta misma causa, el inexorable destino, contribuía á que estos argumentos no fueran muy complicados, y la lucha de afectos poco desenvuelta, y el término de las pasiones forzado y no voluntario.

El sensualismo figura por mucho en todas las producciones de arte de Grecia: y lo limitado del concepto de patria, asimismo como el de familia y el de propia personalidad, graban un sello indeleble de nacionalidad, dan un tinte exclusivo de particularismo á aquella incomparable literatura, grande sin rival en lo bello de la forma, en la estructura y plástica del lenguaje, en las imágenes y alegorías, en la distribución de las partes con el todo; pero que deja el alma vacía de internas complacencias, de emociones estéticas, como las que despierta la contemplación á través de los ojos de la carne de la inmortalidad ó del infinito.

La vida antigua era ménos compleja, sus relaciones ménos extensas, el círculo de su actividad quedaba reducido á una ciudad. La esclavitud arrojaba de la escena á la mayor parte de los vivientes. Sus héroes participaban de la naturaleza divina; jugaban en sus empresas los dioses del Olimpo, haciéndolos víctimas de sus odios, celos y venganzas. De aquí que á costa de muy poco



trabajo se puede hacer la historia de un Ulises, de un Agamenon, de un Glauco, de sus pasiones violentas, nunca refrenadas por ley moral libremente seguida; mientras que se necesita mucho tiempo y muchas páginas para revelar el genio y sondear la conciencia de un Napoleon ó de un Jimenez de Cisneros.

Dados estos precedentes y detalles, ¿estaban en lo justo los imitadores del clasicismo en otras edades? Cuando la sociedad y el estado de su cultura eran muy distintos, y las necesidades y sentimientos muy de otro género, ¿cabía resucitar los pasados y caducos ideales mitológicos y copiar servilmente la literatura antigua? Es evidente que en los autores griegos y latinos hay bellezas de primer orden, elementos estéticos para formar un código de reglas que exciten y perfeccionen el gusto y sirvan como de pauta en las composiciones literarias. Pero este código, deducido del estudio y análisis de los clásicos, no podía llenar en todas sus partes las exigencias, las nuevas aspiraciones, el fondo moral y político de una civilización muy desemejante.

De aquí que los inflexibles clasicistas de la Edad Media y la moderna, cuando no sometían sus obras al gusto dominante de la época y sólo traducían en latín bárbaro ó mal romance los asuntos de la Mitología, ó las hazañas de Milon y Polifemo en los juegos Pitios y Olímpicos, ó los argumentos de las tragedias de Sófocles y Eurípides, parecían extranjeros en su misma patria y no excitaban entusiasmo ni interés alguno. De aquí aquellos conceptos ininteligibles, aquella pedantería insoportable, aquel prurito enfadoso de no usar palabras llanas y vulgares, aquellos circunloquios y rodeos para expresar ideas,

sencillas, aquella manía de cubrir el vacío de la inspiración con alambicados, exóticos y rebuscados giros. Y es que la belleza reviste multitud de formas y es provocada por mil medios, pudiendo ser todos aceptables y legítimos. Es que el gusto y las reglas de una literatura, por excelente que ella sea, tienen su parte variable y modificable, según las circunstancias del tiempo y lugar, y según el espíritu y genio de las civilizaciones que se suceden.

Esto nos conduce como por la mano á examinar los ideales de la Edad Media y la literatura á que dió origen. Sobre éste hay tres opiniones: la de que procede de los árabes ó de la civilización adelantada de los califas; la de que es reminiscencia de los mitos gentílicos, y la que se lo atribuye á las naciones del Norte. De todos pudo tomar elementos; pero su verdadero sér lo debió al feudalismo, es decir, á aquel noble y levantado espíritu cristiano nacido en la mente de algun marcial caballero codicioso de poner fin á los desmanes é injusticias con la fuerza de la espada al servicio de la razón y de las santas causas. Este rasgo pinta gráficamente el carácter de los bárbaros. Clodoveo, primer rey de Francia, escuchando á un sacerdote que le refería la pasión y muerte de Jesús, dijo arrebatado: «Si yo y mis francos hubiéramos estado allí, no le hubieran crucificado los judíos.» La poesía de los árabes presenta muchos puntos de contacto, abunda en descripciones de estilo oriental, en duelos, encantamientos y escenas maravillosas de todo linaje. La Mitología de los antiguos, y particularmente la greco-romana, ofrece rasgos de analogía que hace sospechar en un parentesco remoto ó en cierta afinidad. Por ejemplo:



los gigantes Briareo, Anteo, Glauco; la esfinge tebana; los monstruos horribles, mitad bestias feroces, mitad seres humanos; los héroes invulnerables, Aquiles, que sólo podía ser herido en el talon, y Ferragus, en el ombligo; las flechas de Filoctetes, la lanza de Aquiles; el vellocino de oro, el minotauro, las sibilas, etc., tienen gran parecido con los gigantes y enanos de los libros de caballería, con los genios y las hadas protectoras, con los escudos y yelmos de Roldan y Bernardo del Carpio, de Bayardo y el Caballero del Cisne, con los pajacios de cristal y oro, las cuevas y castillos encantados, con los magos, nigromantes, filtros, conjuros, amuletos, talismanes, dragos, brujas y vestiglos.

Sea de ello lo que quiera, que no es nuestro propósito engolfarnos en investigaciones eruditas, es lo cierto que en la historia del arte existe una literatura llamada romántica, «escuela que, emancipada de algunas reglas de composicion y estilo, se presenta en contraste con la denominada clásica.» Los pueblos septentrionales importaron á la sociedad de que muy luégo formaron parte energía de sentimientos, espíritu guerrero, altivez personal, independencia individual; cuyas cualidades, unidas á los arranques caballerescos de pundonor y galantería que engendraron las instituciones feudales en contacto con el Cristianismo, y al lirismo y apasionamiento producidos por el arrebató de una imaginacion fresca y exaltada, abrieron nuevos horizontes á los escritores y raudales copiosos de inspiracion á la fantasía de los poetas. La caballería, amalgama de religion y milicia, el amor, el honor, la fé ardiente, los compromisos sagrados, el propio valer, la palabra jurada, destacábanse

como chispas de fuego en medio de un cielo tormentoso sembrado de brumas y celajes.

Habian desaparecido del fondo social aquellos cuadros abominables y supersticiosos del gentilismo, aquella especie de momificacion de las virtudes, de mecanismo automático y ciego, de mezcla abigarrada y confusa de los cultos de todo el mundo (más de treinta mil dioses habian caido de sus altares); pero á unas fábulas sustituyeron otras: no se hablaba de ninfas, faunos y náyades; no se traía á la memoria la lucha de los Titanes con el Olimpo, ni los trabajos de Hércules ó las proezas de Teseo; pero se cantaban coplas y se referian cuentos del rey Artus, de Merlin, de Orlando, de Amadis de Gaula, de los Doce Pares de Francia y de los Caballeros de la Tabla Redonda; cuyas coplas y cuentos circulaban de mano en mano y se oian con amorosa delectacion y fanático entusiasmo en las calles y plazas, en los campos y ciudades. Con ellos despertaban y dormian á los niños; eran el arrullo de la infancia, la entretenida conversacion de damas y galanes, el recreo de las familias en las veladas del invierno, el estímulo de oscuros pecheros y el sabroso manjar de todos, grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y viejos.

El Cristianismo, que tanta influencia ejerció en la Edad Media, era el eje de diamante alrededor del cual giraba la civilizacion. Él comunicó á la sociedad aquel sabor místico, melancólico, que constituye en primer término el encanto y la esencia de la literatura romántica. Puestos sus ojos en la belleza superior del alma, en la apacible hermosura de las virtudes, en la felicidad



eterna más que en la mansion terrestre, y en la esbeltez de las formas y en la exterioridad de la naturaleza, convirtió al mundo en otro mundo, transformó al hombre de material y corpóreo en espiritual. Emancipó y ennoblecíó á la mujer poniéndola en las cumbres de la sociedad para que recibiera los homenajes de las demas criaturas; abolió la esclavitud predicando la igualdad y la fraternidad; depositó en el corazon humano un semillero de sentimientos ignorados de la antigüedad; abrió á su razon horizontes espaciosos jamás soñados por filósofo alguno. Forzosamente estas novedades debian traer nuevos, fecundos y gigantes elementos á la literatura y arte de la Edad Media, cuando esta edad estuviera en sazón de cosechar sus frutos. Y así sucedió en efecto.

Las artes tomaron un rumbo nuevo, se inspiraron en otros ideales. Eran el reflejo de la sociedad. La literatura, escasa en géneros, informe y rudimentaria en un principio, vigorosa y espléndida despues, era labor espontánea y expresion fidelísima de los sentimientos y creencias de todo un pueblo. Las catedrales en arquitectura, los Crucifijos y tallas de Santos en escultura, las imágenes de Vírgenes, los grupos de composicion bíblica y pasajes de la Historia Sagrada en pintura, la música religiosa y los romances, libros de caballería, leyendas fantásticas y cuentos eróticos y pastoriles, son los monumentos que ofrece á la contemplacion de los críticos la civilizacion de la Edad Media, desenvuelta en su rica trama en los siglos XII, XIII, XIV y principios del XV.

Andando los tiempos, cuando se hubo perfeccionado el habla castellana; cuando el romance perdió su rudeza primitiva y se trocó en lengua nacional sonora.

flexible y majestuosa; cuando el romance triunfó en definitiva del latín y se plegó á los vuelos de la poesía en sus múltiples manifestaciones, entónces apareció el teatro, que es la representación viva, tangible, palpitante de las tendencias y costumbres de la sociedad. Entónces alcanzó el romanticismo su mayor grado de esplendor y lozanía; y sus producciones literarias y artísticas pueden competir y figurar sin desdoro ni rebajamiento al lado de las estimadas joyas de la literatura y arte clásicos. Ambas son buenas y legítimas hijas de la civilización respectiva de su tiempo; ambas pintan con energía de colorido y con lujo y pompa de lenguaje los anhelos y fatigas, los dolores y alegrías, las impresiones y sentimientos que formaban la vida, el núcleo religioso, moral y político, ora de las repúblicas paganas de Grecia y Roma, ora de aristocracias y monarquías cristianas de Europa. Sus bellezas son de distinto órden, pero al fin bellezas. Como no quita que un lago de contornos perfectamente geométricos, surcado de lindas navecillas empavesadas y con vistosos gallardetes sea bello, para que también lo sea un torrente que se despeña por accidentado suelo sin perder su caudal, que vácia íntegro, ya en espumosas ondas, ya en transparentes cristales, en la límpida corriente de cercano río.

No diré yo que el romanticismo está exento de defectos: túvolos, y grandes, pero nó en la magnitud y calidad de que le acusan los clásicos intransigentes.

Á diferencia de los poetas griegos que materializaron la naturaleza y personificaron las abstracciones que su mente concebía, los románticos idealizaron la materia, espiritualizaron la carne, y remontándose á las causas



y sentido íntimo de los fenómenos, forjaron en su imaginación un mundo que no existía, de lo cual no siempre resultó un antagonismo entre la realidad de las cosas y los tipos de sus creaciones artísticas. A las veces la anarquía y desorden en las formas llegó á un extremo deplorable. La pretension ridícula de algunos de creerse genios hizo que saltaran por encima, no de las reglas variables, sino de los cánones universales de buen gusto y de los consejos de la razón. Pero estos y otros defectos en que incurrieron los ménos son abusos que se condenan, exageraciones que tienen todas las literaturas, extravíos que se corrigen con la educación y el estudio.

No es mi objeto hacer la apología del romanticismo, aunque siento amor por esta escuela; pero sí cumple á mi propósito defenderla de los injustos cargos que contra ella se han dirigido, no precisamente aquí, que, en honor de la verdad, todos los oradores que han tomado parte en la discusión lo han hecho con exquisita galantería y suma circunspección y comedimiento.

Los principales cargos son: la inobservancia de las unidades dramáticas, la intervencion de personajes humildes y de locuciones familiares, el uso de resortes terroríficos y espeluznantes, y un idealismo hueco y lloron.

En cuanto á las unidades de acción, lugar y tiempo, tan recomendadas por los clásicos, hasta el punto de que el no sujetarse á ellas con inflexible rigor equivale á sumergirse en un abismo de anarquía, diré que hay que distinguir la tragedia y la época antiguas del drama y circunstancias modernos. La sencillez y regularidad eran

inseparables en toda obra del arte griego, la construcción de los teatros muy diversa, la escena mucho más extensa, pero inmóvil. No había paréntesis ó intermedios en la representación: cuando no hablaban los actores, cantaban los coros. El desenvolvimiento de los caracteres y la lucha de pasiones eran más rápidos y compendiosos que en la actualidad, en que el progreso de las ideas y lo intrincado de los afectos del corazón exigen mayor tiempo y espacio.

A pesar de todo, los clásicos originales y plagiarios faltaron á las unidades y se permitieron licencias que en nada amenguaron el valor y mérito de sus creaciones. Hoy el abandono de las unidades de lugar y tiempo, porque la de acción es rígida, casi inquebrantable, no admite duda mientras no se traspasen los límites de lo prudente y racional, ó sean las reglas del sentido común y de la verosimilitud moral. Hoy los intervalos de tiempo ocupados por la orquesta, que interrumpen la representación escénica, hacen posibles libertades que aumentan la ilusión de los espectadores. Durante el entreacto se cambia de lugar y se figuran transcurridos ciertos períodos necesarios para que el poeta combine los varios elementos de su obra. En los asuntos del drama, como en la vida real, no se suceden los lances y peripecias, los hechos culminantes y salientes seguidos y cronológicos, sino que son producto de laboriosa gestación y de situaciones violentas. Lo extraño é inverosímil sería que la historia de un personaje, los rasgos típicos de un héroe, las tempestades de un alma ardiente tuvieran principio y término en el breve espacio de dos horas. Por otra parte, la escultura en la antigüedad era



el arte que prestaba su concurso con preferencia al teatro, mientras que ahora lo es la pintura, y ésta exige naturalmente cambio de decoraciones para lucir toda la belleza y pompa de sus galas. Además, colocados en el terreno de la ficción, son de poca monta estas pequeñeces. Ficción es hablar en verso, ficción el argumento, ficción el sentimiento y gesticulación de los actores, ficción los homicidios y matrimonios que tienen lugar en el recinto del palco escénico, ficción los paisajes que nos deleitan y las armaduras que nos deslumbran, y ficción las veinticuatro horas que los clásicos autorizaban para el desarrollo de la acción trágica. Luego, si es monstruoso que lo que ha necesitado veinticuatro horas para realizarse pueda suponerse realizado en dos, ¿qué más da que los períodos de tiempo sean más largos y las mutaciones de lugar más frecuentes, si todo contribuye á la más perfecta ilusión del público, no quebranta la unidad de la obra y en nada rebaja los quilates de su belleza? La extrema exactitud no podría tolerarse. Las muertes y los horrores verdaderos nos espantan y hielan la sangre en nuestras venas, mientras que el cuadro de Santa Isabel de Murillo ó el grupo de Laocoonte, á pesar de lo triste y repugnante del asunto, nos embelesa y agrada, lo mismo que las patéticas escenas de una tragedia nos causan arrobamiento y placentera emoción, no sólo por el conocimiento y seguridad de su ficción, sino también porque nos asimilamos la idea feliz del artista en aquel conjunto de figuras. Admiramos el arte y la belleza, no la realidad de su contenido.

Estilo familiar y personajes humildes. Para los que



conocen lo que es el drama moderno y la tragedia antigua, no necesito explicacion. Es de suyo tan clara, que salta á la vista del más míope. La tragedia griega se ocupaba de príncipes, héroes y dioses. Su tono debia ser uniforme, su elevacion constante, su lenguaje severo y majestuoso. El drama romántico es mezcla de la tragedia y comedia, ó es un género propio, de parte seria y ridícula, de hombres de alta jerarquía y de individuos de modesta ó miserable condicion. Por necesidad ha de confundir el poeta en sus diálogos conversaciones cultas y elegantes con palabras vulgares y conceptos sencillos, sin ser chavacanos ni groseros, propios de las personas en cuya boca los pone. En el mundo antiguo, los esclavos y aún los plebeyos no merecian que los poetas hablaran de ellos: en el mundo del Cristianismo las virtudes, los sacrificios y las abnegaciones son patrimonio de todas las clases, y el artista que sea digno de este nombre no puede eludir esta ley hermosísima de igualdad. Unos y otros, pobres y ricos, grandes y pequeños, tienen pasiones, manías, ridiculeces, heroísmos que deben ser traídos á la escena para escarmiento ó enseñanza de las generaciones.

Terror y crimen. En primer lugar no es cierto que la literatura romántica apele á estos medios para producir efecto en el público. Usa del puñal y del veneno como y ménos que los clásicos y sus imitadores. Si alguno ha exagerado esta materia, vicio será de su nativa genialidad, de su peculiar idiosincrasia ó de pobreza de verdaderos recursos artísticos, de ninguna manera tendencia universal de la escuela. Cierto que es una costumbre reprobable y no del mejor gusto en

clásicos y románticos prodigar en la escena degüellos, hogueras y terribles desolaciones que mantienen el corazon en un estado de perpetua intranquilidad y zozobra; pero este grave defecto no es hijo de una escuela determinada, sino de lo dicho ántes y del clima y de la naturaleza hiperbólica y ardiente de algunas razas.

Moderen sus ímpetus de irritabilidad nerviosa los clasicófogos, y recuerden que Melpómene, la musa de la tragedia, esgrime un puñal y tiene al lado una copa de veneno. Y ciertamente que estos signos ó atributos alegóricos corresponden á lo sangriento y criminoso del género literario en la antigüedad, como en las edades posteriores. Júzguese por los siguientes ejemplos tomados al acaso: «Atreo, asesino de su hermano Crisipo y de los hijos de Tiéstes, á quien les dió como manjar en una cena; Medea, envenenadora, parricida, fratricida é infanticida; las Danaides, matando á sus cincuenta esposos la noche de sus bodas; Edipo, que mató á su padre y se casó con su madre; Oréstes, matando á su madre Clitemnestra; los hermanos Eteocle y Polinice matándose uno á otro con ciego furor y salvaje encarnizamiento, etc.»

«En *La Libertad de Roma* de Juan de la Cueva hay desorejaduras, desnarigaduras y quema pública de un cadáver; en *La Cruel Casandra* de Virúes, las muertes son ocho, y cinco en la escena; en *Atila*, el rey mata á la reina para casar con Celia, es envenenado por Flaminio, mata á aquélla, ahoga á ésta, y muere él propio haciendo compañía á cincuenta y seis personajes, que son los muertos en esta tragedia; en *La Nise Laureada* de Bermudez, un guardia escupe á los tres nobles que causaron la muerte de Ines, el rey cruza la cara á Coello con un látigo, el



verdugo saca el corazón á los tres, y después se procede á la quema de sus cadáveres; en *La Isabela*, de Argensola, muere ella y Muley, el rey mata á Eudalia, Aja al rey, y todo esto sucede con acompañamiento de hogueras, suplicios, cadáveres y dos cabezas cortadas» (1).

Todavía puede señalarse una diferencia en las producciones dramáticas de clásicos y románticos. En las primeras, las atrocidades y horribles hecatombes suelen ser explosiones secas de maldad, tramas de inexorable fatalismo, expiaciones tremendas sin motivo; en las segundas, las escenas de sangre y los grandes crímenes están atenuados muchas veces por elementos que hacen mirar á los personajes con menos repugnancia, tales como un honor mal entendido, un grito postrero de arrepentimiento, etc.

Idealismo. Este cargo exige que penetremos en la teoría de la belleza, de si es real ó ideal, de si reside en los objetos que contemplamos ó está fuera de ellos, de si es concepción de nuestra mente ó pura impresión de los sentidos.

Equidistante de la grosera y plástica realidad fotográfica y del idealismo quimérico y abstracto sin ningún contenido positivo, huyo y me aparto de ambos sistemas exclusivos é intransigentes. La belleza es armonía, unidad, proporción, simetría, regularidad, orden; es subjetiva y objetiva, reside en la materia cósmica y en el pensamiento del poeta. Cuando la forma, la realidad encarna en una idea, y ésta es hermosa, buena y verdade-

---

(1) Estos ejemplos están tomados de un trabajo inserto en la *Revista de Ambos Mundos*, de Jerónimo Borao.



ra, y se halla la correspondencia, la adecuacion debida entre una y otra, puede afirmarse que la obra artística que resulte será un dechado en su género, una creacion de mérito relevante. Pero no siempre se da esta conjuncion admirable entre el fondo y la forma, entre la idea y los medios sensibles que la exteriorizan é individualizan.

Es evidente que hay belleza en muchos objetos de la naturaleza, pero no una belleza completa. El pintor que trasladara al lienzo la imágen de una mujer hermosa, la puesta del sol en una tarde de otoño, las encrespadas olas del mar en un dia de tormenta, haría un cuadro bello; pero los quilates de belleza subirian de punto si al mismo tiempo, por el poder de su imaginacion, de su abstraccion ideal, por un rayo de su mente, arreglara las partes de este cuadro á tipos perfectos; es decir, á rasgos sobresalientes puros, descartando los detalles y accidentes feos que acompañan á las obras de la naturaleza. Por ejemplo: el pintor que copia el rostro de una mujer hermosa hace un buen retrato, porque el modelo es bueno y nada más. El que toma lo mejor de los rostros hermosos que ha contemplado en el mundo, y allá en el fondo de su alma percibe la union misteriosa, mágica de estas bellezas diseminadas á que da vida y forma adecuada en una vírgen, reina ó matrona, es un verdadero artista.

En las creaciones literarias, donde la palabra escrita es el instrumento del arte, tambien hay belleza real é ideal. Figurémonos una composicion sobre un asunto indiferente, pero tan llena de palabras selectas, de tropos é imágenes deliciosas, de grata fluidez, de cadencia rítmica musical que nos produce una sensacion de inexplicable

deleite. Es puramente belleza de forma. Unamos á esta forma esencialmente poética un asunto digno, elevado, rico en sentimientos morales, y brotará de seguida una concepcion artística casi perfecta, cuanto cabe en la condicionalidad humana.

El realismo llevado á sus últimos límites, como los novelistas franceses contemporáneos, rebaja y prostituye el arte. Casa lo bello con lo feo, lo moral con lo inmoral, lo verdadero con lo erróneo, lo esencial necesario con lo inútil y accesorio. Copia más que imita, y se parece en su exposicion y procedimientos más á una ciencia casuística, experimental, analítica, á una disecion anatómica de hechos y fenómenos, que á una verdadera revelacion del arte. El idealismo, forjándose tipos y esencias allá en su mente, viviendo de eternas ilusiones, desdeñando la realidad y apartando sus ojos del medio ambiente y de la naturaleza que le rodea, incurre en el vicio contrario, no tan funesto como el anterior, pero digno de censura.

En suma, la belleza es producto de la sensibilidad y del entendimiento: la sensibilidad recoge los detalles esparcidos por la naturaleza, y el entendimiento, agrupándolos con auxilio de la fantasía, sugiere el tipo de su creacion. El gusto, que así tiene de espontáneo y natural como de educacion y estudio, que es un dón de la Providencia y un hábito adquirido por la contemplacion de objetos bellos, forma instantáneamente juicio del valor y condiciones estéticos del sér creado.

De esta teoría se deduce que la belleza ha de ser real é ideal á la vez, material é intelectual, en que goeen los sentidos y el alma; los unos por las impresiones agrada-

bles de sonidos, colores, formas y armoniosa construcción de períodos; la otra por el éxtasis y embebecimiento que experimentan nuestras facultades al penetrar en el fondo de una cosa, al identificarse con su esencia, al admirar y concebir de un golpe la causa íntima de lo bello, que no es más que la aproximación de lo finito á lo infinito, de lo variable á lo inmutable, de lo relativo á lo absoluto, de la imperfección humana á la perfección divina, de la criatura á Dios.

En todas las literaturas la belleza consiste en la idealización de lo bello real ó la realización de lo bello ideal, puesto que cualquiera de los dos sistemas, realismo é idealismo, son desviaciones del buen gusto, y por consiguiente pecados capitales contra la belleza que deben ser corregidos.

La Vénus de Zéuxis y el Júpiter Olímpico de Fídias, lo mismo que la Vénus de Médicis y el Apolo de Bellvedere, no tienen parecido en su conjunto con ningún sér viviente, ni ménos el sello de la divinidad que ostentan; y sin embargo, los pormenores han sido sacados del laboratorio de la naturaleza. Existe en ellos un tipo ideal de belleza conforme á la mente, al genio intuitivo del artista, y una ejecución acabada y primorosa. Otro tanto sucede con los tipos cristianos, galanteadores y valientes de Calderon, con los enamorados de Lope, con las vírgenes de Murillo y con los personajes del Antiguo y Nuevo Testamento, resucitados en carne y hueso en los incomparables lienzos de Rafael y Miguel Ángel.

Me he detenido quizás algo más de lo justo en esta cuestión, porque, sobre ser muy importante y problema del día, no es argumento contra el romanticismo, sino



contra toda suerte de escuelas literarias; y si algunos románticos, particularmente de este siglo, como Víctor Hugo y otros que no menciono de nuestra patria, han caído en excesos vituperables y lastimosas aberraciones en un sentido, los clásicos, apegados á la copia servil, al plagio híbrido de los modelos de la antigüedad, han venido á parar á una jerga laberíntica, destructora del idioma, y por completo vacía de la inspiración del genio y de los sublimes arrebatos de la fantasía.

Antes de ocuparme de un punto de suma trascendencia, que es, á mi juicio, el más capital entre todos los que surgen de esa revolución literaria llamada Renacimiento, será forzoso dejar libre y expedito el camino y decir la última palabra acerca del romanticismo.

Háse entendido por algunos que poeta romántico es un sér estrafalario, un tipo singular, melencólico, pálido, demacrado, de traje sucio y raído; que sólo pulsa la lira para crear monstruos espantables, ó que, convertido en vision fantástica, entabla diálogos amorosos con hadas y huríes que habitan castillos de pórfido y alabastro y verjeles de matizadas y aromáticas flores, donde soplan vientos de eternal delicia y fluyen líquidas perlas por arroyos. No: esto podrá creerlo el vulgo aturdido por la lectura de críticas apasionadas; pero las personas doctas saben que romanticismo vale tanto como romance, es decir, esbozo, forma embrionaria del lenguaje popular, raíz en nuestro suelo de la literatura patria, de los ideales cristianos; y que si ha habido escritores que han usado torcidamente de las cualidades de su ingenio, otros han dado á esta escuela el verdadero carácter y sello individual que la correspondía.

Entiéndase que cuanto he dicho y digo del romanticismo no es de este ó aquel período, de esta ó aquella nacion determinada, sino del apogeo de la escuela, de aquellos colosos de genio, de aquellas figuras que se destacan gigantes y majestuosas en el mundo artístico literario, influido por el aura rëgeneradora del Mártir del Gólgota. De la misma manera que cuando de clasicismo y de clásicos hablamos entendemos cierto grupo excelente de autores, de aquellos que en las diferentes artes llegaron á la cumbre de su esplendor. Pues no todos los poetas griegos y latinos merecen ser medidos por un mismo compas. Antes de Homero hubo poetas, como ántes de Hipócrates curanderos, cuyos nombres no nos ha transmitido la historia: despues hubo muchos que gozan de diversa consideracion y prestigio. Presentarlos á todos como á modelos cumplidos, sería un insigne disparate. El juicio de una literatura debe hacerse de la flor de los escritores, de aquellos excepcionales y privilegiados ingenios que acertaron á condensar magistralmente, ya en varios géneros, ya en todos, las ideas, sentimientos, creencias, costumbres, preocupaciones, etcétera, de su siglo, y consiguieron por este hecho gloria y fama imperecedera.

En este sentido la escuela cristiana del romanticismo está honrosamente representada por Dante, Ariosto, Tadeo Gaddi, Rafael, Benvenuto, Juan de Boloña, Brunelleschi, Miguel Angel, Pico de la Mirándola y Giotto en Italia; por los ingleses Shakespeare, Osian y Milton; por los alemanes Schiller y Goethe; y en España por casi todos los dramáticos de más nota, por multitud de escritores místicos y los más renombrados escul-



tores, pintores y arquitectos de la edad de oro de nuestras artes. Bien es verdad que España, entre todos los países, fué el que ménos se contagi6 de la epidemia del Renacimiento pagano, ya debiera este singular beneficio á las s6lidas ra6ces que habia echado en su suelo la fe religiosa, ya á condiciones intr6secas de nacionalidad, ya á recompensa divina por haber mantenido enhiesta la bandera de la Cruz contra los infieles y ap6statas en Europa y en el mundo.

¿Hasta qu6 l6mites es conveniente y razonable, 6 ha sido, la imitacion de los modelos de la antigüedad?

Esta pregunta envuelve la doctrina del paganismo, de su filosof6a, ciencias, mitolog6a, leyes y costumbres. Contestándola, habremos formulado un juicio crítico sobre el Renacimiento, sobre si fué un bien 6 un mal, un progreso 6 un retroceso, no sólo en la historia de la literatura y arte en general, sino en la civilizacion y nivel moral de los pueblos.

La afic6n al estudio de los clásicos y la febril imitacion de sus obras trajo como consecuencia natural el enamoramiento y entusiasmo delirante por los hechos de los hombres célebres de Grecia y Roma.

Los poetas, historiadores, trágicos, filósofos y oradores de estas naciones andaban en las manos de los niños desde su más tierna infancia; de suerte que, llegados á la edad viril, conocian mejor que las leyes patrias y la historia de su propio país las de Licurgo, Solon, de los decenviros, rescriptos imperiales, plebiscitos y edictos pretorios, y del mismo modo los principales sucesos y los rasgos característicos de los personajes de aquel tiempo. Esta educacion escolar, estimulada por las ala-



banzas de extranjeros humanistas, favorecida profusamente por altas jerarquías sociales, inculcaba en el corazón de la juventud un amor idolátrico hácia todo aquel mundo informado por una falsa religion y una filosofía escéptica ó materialista. Sus vicios habian de trascender muy pronto á la sociedad, la cual, olvidando ó despreciando la severidad espiritual del arte cristiano, su eterna inspiracion, se sumergia por momentos en el pantano cenagoso de una civilizacion en apariencia bella, pero de ideales muertos, de doctrinas funestas, de ejemplos altamente inmorales.

Fascinados muchos ante la esmerada correccion y pulcritud de la estatua griega; ante los mausoleos, pórticos, arcos triunfales, templos y palacios; ante los retumbantes ecos de la musa de Homero y Virgilio; ante la elocuencia tribunicia de Demóstenes y la académica de Ciceron; ante los melodiosos y líricos cantos de Píndaro y Horacio; ante los festivos y eróticos versos de Anacreonte, Juvenal y Ovidio; ante las elegantes narraciones de Herodoto, Tito Livio y Salustio; ante los esfuerzos filosóficos de Platon, Aristóteles, Sócrates y tantas otras luminarias de la antigüedad que dejaron memoria de su paso por el mundo, miraron con pueril desden y acusaron de prosaico, ramplon y grosero cuánto brotaba de las entrañas de la sociedad en que vivian. Al propio tiempo que saboreaban con voluptuoso deleite las bellezas de aquellos autores, su alma se iba secando y pudriendo al contacto delétere de la civilizacion greco-romana. El paganismo hecho y derecho, resucitado de nuevo con sus grandezas y miserias, con sus vuelos poéticos y concupiscencias insaciables,

con sus costumbres vergonzosas y degradantes, con sus demagogias y tiranías, con sus proscripciones y ostracismos, tomó asiento al lado de la Religión de Cristo; se apoderó de las aulas, paseó sus despojos y trofeos, ora soberbios y magníficos, ora inmundos y asquerosos, por las régias galerías de los alcázares, y estampó en iglesias, museos y edificios públicos y privados el sello de su existencia, entrando á concurso é invadiendo á veces el lugar destinado al buril y pincel cristianos. De aquí ese impropio maridaje, ese consorcio que repugna, de vírgenes y ninfas, de pasajes bíblicos y grupos mitológicos, de escenas del Calvario y alegres danzas de juguetones amorcillos. En los banquetes y fiestas solemnes rivalizaban los grandes de la corte sobre quién ostentaba más lujo en el ajuar de la casa, en la vajilla de las mesas, en los prendidos y aderezos de las damas, en las pinturas, esculturas y bordados que decoraban á porfía muebles, rincones, techos y paredes. Los asuntos de estos objetos de arte eran paganos y se distinguían muchos de ellos por lo cínico y escandaloso de sus figuras. ¿Qué más? En el exterior de las porcelanas, candelabros, lámparas y hasta tenazas y tijeras, representábanse escenas impúdicas. Hubo festines, propiamente orgías, en ciudades italianas, en que escanciaban el vino de las copas—cuyo fondo era un padron de ignominia—hermosas aldeanas disfrazadas de sacerdotisas de Vénus y Juno, con vestidos tan ligeros y vaporosos de tul y gasa transparentes, que valiera más que esta nefaria hipocresía, la absoluta desnudez.

La arquitectura ya en el siglo xvii tocaba los límites de lo absurdo. Despreciados por los renacientes el esti-



lo ojival y el bizantino; ignorada la construcción de los árabes; restaurados los órdenes del paganismo, se aplicaban sin discreción y mesura á edificios muy poco semejantes; á catedrales, iglesias, cementerios, hospitales, municipios, arcos triunfales y palacios como exclusiva y única fórmula de belleza. Se imponían tiránicamente estos modelos como reglas forzosas y forzadas de la inteligencia y el gusto. Véase lo que dice á este propósito el crítico Milicia de Borromini: «Llevó su extravagancia al más alto grado de delirio; desfiguró toda forma, mutiló frontispicios, trastornó volutas, cortó ángulos, onduló arquitrabes y cornisamentos, hizo profusión de cartuchos, caracoles, ménsulas, zigs-zags y pequeñeces de toda especie. La arquitectura borrominesca es una arquitectura trastornada, es una baratija de ebanista fantástico.» Esta fiebre clásica ahogó en los brazos de la rutina y amaneramiento al genio arquitectónico de la Edad-Media: así se explica la invasión funesta del barroquismo en toda Europa. También alcanzó á España un ramalazo de esta epidemia. La casa llamada de la Panadería, la iglesia de Montserrat y la fachada del Hospicio de esta corte, obras de los arquitectos Herrera de Barnuevo, Donoso y Churriguera, son elocuente testimonio de nuestro aserto.

La mitología, la filosofía y la política se estudiaban con verdadero frenesí. Queríanse unir en indisoluble lazo los ideales del paganismo con los nuevos de la religión cristiana. ¿Es que del fondo de la sociedad antigua se destacaban principios luminosos que necesariamente habían de aceptar las generaciones venideras para su mayor prosperidad y florecimiento? ¿Es que Grecia y Roma, por



haber sido grandes artistas; por habernos legado preciosos monumentos en legislación y derecho; por haber cultivado el pensamiento con más fruto que otros pueblos en algunos ramos, tienen el privilegio de educarnos, de formar nuestras costumbres, de inspirar nuestra conciencia, de regir nuestro albedrío y aprisionar nuestro espíritu en los troqueles de sus modelos?

Rasguemos un poco la hermosa epidermis de ese cadáver pagánico, galvanizado por los renacientes y humanistas de la Edad moderna, á ver qué encierra en su seno.

La Mitología es el primero y más universal de los factores que entran en juego en aquella civilización. La Mitología es susceptible de varias interpretaciones. Unos han visto en ella algo de las tradiciones reveladas por Dios al hombre; han visto el bien y el mal, la culpa original, la expiación, la redención, la Trinidad, la promesa de un eterno castigo y de una eterna bienaventuranza á través de la grosera urdimbre de las fábulas. Han visto un Dios único omnipotente que avasalla á todos los demás y es la providencia, armonía y equilibrio del Universo: sólo que con el tiempo y con la perversidad humana, y con el olvido total de las enseñanzas transmitidas, han ido acumulando hechos sobre hechos, desfigurándolos, torciendo su sentido hasta el punto de adulterar, romper y desnaturalizar por completo la verdad religiosa.

Otros entienden que la Mitología es la historia positiva de edades remotísimas; que Júpiter fué realmente cabeza de una gran monarquía, y que Saturno, su hermano, pretendiendo tener mejor derecho á la corona, le

declaró la guerra ayudado de sus compañeros de armas los Titanes; y en fin, que Marte era como generalísimo de las tropas, Vulcano el gran armero del ejército, Neptuno gobernador de las islas del Mediterráneo, Pluton virey ó cosa así de tierras interiores, etc.

Algunos afirman que en la Mitología está la explicación de los fenómenos y accidentes de la naturaleza; que es la ciencia astronómico-física en gérmen de los pueblos. Los símbolos, jeroglíficos y alegorías no son otra cosa que manifestaciones convencionales, algun tanto poéticas y fantásticas, que luégo con el transcurso del tiempo y la conquista y mezcla de tribus se convirtieron en signos idolátricos.

Y sostienen no pocos que los mitos fueron en su principio bocetos de verdaderas religiones; que la adoración á un Dios y el culto á la Divinidad es innato en el hombre. Cuando, desorientado por las tinieblas del pecado, perdió la noción de su origen y existencia, se forjó dioses en lo primero que heria su imaginación: vió el sol, su luz brillante, su aparición misteriosa por entre gasas sutiles y encajes de mil colores que dibuja á su capricho el viento; vió la melancólica claridad de la luna, su disco rodeado de vaga penumbra, sus crecimientos y depresiones invariables; vió el rayo hiriendo con fuego del cielo sus troncos seculares, sus rebaños y chozas; sintió el ronco estampido del trueno que hace vibrar á la tierra, y cuyos ecos repiten las montañas y los valles, como si su voz saliera del fondo de sus entrañas; percibió el balsámico y perfumado ambiente de las flores, y el apacible murmullo de los arroyos, y el ósculo refrescante de la brisa del mar; quedo extático



ante la imponente majestad de las olas en tumulto y ante el siniestro resplandor de ígneo volcan, y no pudiendo dar explicacion satisfactoria de estos hechos, los divinizó. De aquí esa multitud de dioses, el Aire, el Fuego, la Tierra, el Sol, el Bosque, el Agua; dioses que calmaban sus pesares, que alegraban su existencia, que contribuian á su alimentacion, á los cuales habia que tener propicios con inocentes víctimas humanas.

Sean ó no exactas estas conjeturas; ya tenga algo de todas, ó sea obra exclusiva de la imaginacion de los poetas que personalizaron las pasiones y los vicios, nadie podrá negar que la Mitología, el culto gentilico en Grecia y Roma, en el punto y hora que le examinamos, era una torpe supersticion, un desenfreno de apetitos sin nombre, una farsa ridícula y abominable que merece las execraciones de la historia. Quitando á la Mitología su lado poético, los dioses eran tipos de maldad refinada. Descendían á la mansion terrestre para cometer todo linaje de bellaquerías: ellos comerciaban con usura, robaban en despoblado, hurtaban con maña, asesinaban á mansalva, protegian á los facinerosos, inspiraban odios y venganzas á los mortales, levantaban tempestades en el mar para sumergir en sus abismos á los atrevidos navegantes, desataban los vientos y huracanes para exterminar los ejércitos, engendraban monstruos que desolasen las comarcas. y hasta ellos mismos, inquietos y turbulentos, rencorosos é irascibles, se hacian unos á otros la guerra, y se divertian de modos tan extraños que andaban á puntapiés en el Olimpo, y amarraban á Vénus con cadenas fabricadas por Vulcano, que se casó con ella por nadie entender



la manera de libertarla de aquellos nudos férreos. Esta religion, mezcla informe de la de los egipcios, persas, fenicios, indios, caldeos y asirios, podria ser tan fecunda como se quiera en aventuras y enredos, pudiera dar margen á creaciones de buen gusto y de algun valor moral, como las alegorías de la Inocencia, de la Castidad, de la Fidelidad, de las Estaciones, de las Musas; pero como libro de educacion, como regla y criterio de conducta, es de lo más feo, hediondo y monstruoso que discurrirse cabe. Algunos filósofos acusaron á Homero de haber viciado el sentimiento religioso de su pueblo con las poéticas intervenciones de los dioses en la *Iliada* y *Odisea*. Lo que es indudable á todas luces es que el paganismo en materia religiosa era la degeneracion del hombre, la apoteosis de la naturaleza animal con su séquito de sangre y lujuria, y la anulacion del espíritu con sus grandezas y sublimidades.

¿Acaso la filosofía nos regalará una panacea de consejos y máximas morales? Platon, el más espiritualista de todos, al que apellidaron *Dipino*, vislumbró apenas la existencia de Dios y nos manifestó en algunos rasgos su creencia no muy firme sobre la inmortalidad del alma. Aquí concluyen todas sus excelencias de verdadero interés moral: en cambio pareciale bien la esclavitud, y que los niños enfermos ó defectuosos fuesen expuestos en la vía pública ó condenados á muerte, y la torpe mancebia, y el nefando comercio con personas del mismo sexo, siempre que fueran adolescentes sanos y robustos. Eliminando á este filósofo, á su discípulo Aristóteles, á Sócrates, que tuvo la debilidad de adular al César y de sacrificar en la postrera hora de su vida un gallo á Es-

culapio, y á algunos otros muy contados, ¿qué lección de moral, qué virtudes, qué nobles y heroicas acciones nos ha dejado la filosofía de Epicuro, Demócrito, Lucrecio, Diógenes... que no sea un cuadro repugnante de vil materialismo esmaltado aquí y acullá por una idea feliz, por un presentimiento más bien del genio que deducción lógica de su doctrina? Según frase de un célebre autor, la filosofía, ella misma enterraba sus muertos. La crítica se cebaba en sus sistemas y los sepultaba unos tras otros. Según Ciceron, era la historia de todos los disparates y aberraciones humanas. Nada sólido y permanente estableció, porque se arrastraba por el fango de la tierra en vez de levantar su mirada al cielo.

¿Será en el orden social y político donde tengamos que admirar la organizacion de los pueblos antiguos? El individuo desaparecia ánte la idea de patria; la sociedad le absorbía y anulaba; era como una pieza automática de una gran máquina. En la familia, la mujer y los hijos carecian de personalidad, estaban como incrustados, sin iniciativa ni movimiento, en la autoridad férrea del padre; el esclavo era como un instrumento de tosca masa animada, como una acémila nacida para obedecer, sufrir y nunca exhalar un triste gemido. La ley terrible de la fuerza avasallaba á hombres y naciones. La humanidad; la fraternidad, la igualdad, la libertad, ideas que el Cristianismo ha ido sembrando por el mundo desde el glorioso instante de su aparicion, eran perfectamente desconocidas.

Roma, es verdad que dejó grabado el sello de su legislación en los códigos de toda Europa; es verdad que la raíz de muchas instituciones arranca de los profun-



dos trabajos de aquella nacion jurídica y política por excelencia. Roma es grande en la historia por la unidad de su derecho, por la arrogancia de sus aspiraciones de llamarse y ser eternamente el Pueblo-rey, cosa que no desdecía áun en sus grandes infortunios y reveses. Pero no se trata de esto. El Renacimiento no distinguió de tal ó cual parte de la herencia itálica; acaparó con todo por el hecho de proceder de la civilizacion romana: lo mismo las buenas leyes, el civismo patriótico de los Catones, Manlios y Escipiones, los rasgos de virtud de las Lucrecias y Virginias, que la ferocidad sanguinaria de los triunviros, que las costumbres licenciosas de los Clodios, Césares y Catilinas, ó de los Nerones, Calígulas y Vitelios, que la vileza senatorial y empobrecimiento de caracteres, que la venalidad infame y los préstamos usurarios. Roma era el centro de la disolucion universal. Allí se confundian los cultos de todas las naciones y se apretaban en haz infernal las concupiscencias de todos los hombres. Era el escenario del mundo donde tenian lugar las representaciones vivas de la naturaleza rebelde y prevaricadora. Los circos, anfiteatros, termas, neumaquias, funerales, comidas anfictriónicas, elevaciones al Capitolio, saturnales, lupercalles, fiestas reservadas en honor de Priapo y de Vé-nus..... una inmensa y perpetua orgía, saturada de vino y sangre, que hace olvidar á los Baltasares y Sardanápalos: esto era Roma en los tiempos del Bajo Imperio, cuyas artes, hábitos y costumbres más particularmente se imitaban por los fanáticos adoradores del clasicismo inconsciente.

La mitología, la filosofía y la política crearon las



costumbres en Grecia y Roma; la literatura y bellas artes se alimentaron de su jugo y sustancia; de modo que, asimilarse las formas y las ideas de los autores clásicos, equivale á restaurar íntegramente la civilizacion pagana, conjunto, como hemos visto, de horrores sin cuento.

Ya en el siglo xvi, despues de mitigado algun tanto el frenético ardor de los classicistas, se elevaron quejas repetidas de los pueblos á los altos poderes del Estado contra los humanistas, por sus envidias, calumnias recíprocas, charla insustancial y sempiterna y abusos de mil géneros que les iban haciendo sospechosos por sus tendencias poco favorables á las instituciones políticas reinantes.

A la luz de estos principios podemos comprender el influjo, y hasta qué punto fué útil y conveniente ese movimiento artístico-literario del Renacimiento, tan preconizado y elogiado por multitud de escritores. La civilizacion es herencia acumulada, labor de los siglos, acervo comun al que todos los pueblos aportan sus reservas intelectuales y materiales. En este sentido es laudable y meritorio sumar los afanes del sabio, los experimentos del observador, las bellezas del artista, los trabajos fecundos y el caudal moral para erigir con su ayuda nuevas y grandiosas instituciones sociales. Pero á esta adaptacion, á esta apropiacion de fuerzas y elementos ha de presidir un juicio severo y una conciencia recta é ilustrada que sepa deslindar lo bueno de lo malo, el trigo de la cizaña; porque si á granel se recibe el contingente de una civilizacion, lo mismo los adelantos científicos é industriales de verdadera estima, que

los errores, preocupaciones é ineptias, se corre el peligro de enturbiar las aguas de la verdad y de torcer el curso del humano progreso por ignotos desfiladeros. Esto aconteció en el siglo xv, en su último tercio, á poder de las ideas, hechos y costumbres que nos metieron en casa por la puerta falsa del Renacimiento. Concretáranse los aficionados á lo antiguo con lo que el arte tenía de buena ley, al estudio y comparacion reflexiva de sus modelos con los que la civilizacion cristiana, galante y caballeresca habia hecho surgir al calor del fuego patrio y de las tradiciones nacionales en Europa, sin pretensiones de escuela ni exigencias imperiosas de reglas y preceptos que no cabian en la literatura de la Edad Media, y entónces hubiera sido el Renacimiento un suceso próspero, un colaborador más de la historia, un nuevo agente de galana y florida vegetacion.

No se hizo así, y sus resultados fueron lamentables. La resurreccion de los clásicos no expurgados, no contenida su invasion en los límites de lo justo, de lo honesto y racional, provocó desórdenes, licencias, desbordamientos, contribuyó al cisma de la Iglesia,—por el cual media Europa se lanzó fuera de ella,—y se le puede considerar, en fin, como una rémora, como un obstáculo interpuesto en su marcha triunfal á la civilizacion adelantada y pujante de la Edad Media.

La exagerada reaccion romántica que sobrevino en Alemania en el siglo xviii, en pugna furiosa con el neoclasicismo intransigente de la revolucion francesa, trajo á la postre juicios más acertados acerca de la naturaleza del arte y de la literatura. El clasicismo y romanticismo



de última hora, con sus intemperancias y exóticos alardes respectivos, quedaron reducidos por el inexorable escalpelo de la crítica á disputas de escuela y á torneos literarios; á ser el uno símbolo gráfico de un esqueleto histórico, arqueología de academias y literatos, momia falsificada de una edad envejecida en la memoria de las generaciones, y el otro calentura de imaginaciones escépticas y desesperantes, espejismo de las ideas, independencia de la genial inventiva del poeta, desligada de todo género de reglas, y, lo que es peor, realista de gusto estragado y nada edificante en sus enseñanzas.

Todavía tengo que llamar vuestra atencion hácia un punto que es como la rueda catalina, como la idea madre de la civilizacion de la Edad Media y de las civilizaciones posteriores y futuras. Las literaturas tienen dos caractéres: uno permanente, estable, fijo; mudable, accidental y transitorio el otro. El primero se refiere á las cualidades intrínsecas de la belleza, á aquella grata emocion que despierta su vision ó audicion en el vulgo y en las personas doctas, al fondo y esencia de su contenido; el segundo al temperamento y condiciones de la localidad, al genio é idiosincrasia de la época, al gusto y moda reinantes, á la plasticidad y mecanismo de las formas. Segun este principio, hay obras del ingenio que jamás pierden el tipo de su belleza, porque es eterna; miéntras que otras, cambiando los tiempos, las circunstancias de su originalidad, los idiomas, usos y costumbres, se hunden para siempre en el panteon del olvido. Todos los pueblos de la tierra han producido obras de ambas clases; pero las que han gozado el privilegio de pasar por encima de las ruinas y escombros de las eda-



des y ser transmitidas de generacion en generacion, son aquellas que á un fondo verdadero, religioso, tradicional, digno y patriótico reunian una forma adecuada, espontánea, natural, castiza, hija legítima de la lengua, de la historia y de la naturaleza y condiciones de cada país. Señálanse en primer lugar los hebreos, que llegaron á la cúspide de la poesía lírica; no habiendo otros modelos en el mundo, ántes ni despues, que hayan hecho vibrar las cuerdas del sentimiento con notas más delicadas, más tiernas y sublimes que los autores de los salmos, de las profecías y de los himnos y cánticos en alabanza del Señor. Los griegos y latinos, particularmente los primeros, dejaron ejemplares de perfeccion suma; pero faltos de aquella vida y animacion íntimas que comunicar sabe á las piedras y á los metales, como á los lienzos y á las tablas y al instrumento de la palabra oral y escrita, el genio divino del Cristianismo. Por eso que todas las civilizaciones que caen más allá de la Cruz tengan para nosotros un vicio de origen, un defecto sustancial, una carencia de afectos interiores y de estados de conciencia que, si no las invalida, las deja reducidas á meros monumentos de magníficas formas, de rica ornamentacion, de naturalistas concepciones, sólo útiles para la educacion del juicio y gusto estéticos y para el conocimiento de la cultura y progreso de los pueblos; de ningun modo para encadenar el genio del artista y eternizar las reglas y la retórica de una literatura en el tiempo y en el espacio.

Pues bien; el principio á que aludo es el Cristianismo, fuente perenne de celestial hermosura, íris radiante de sin igual belleza, que desde que apareció en el mun-

do, paulatinamente y por grados, ora por la inmensa actividad de sus agentes y maravillosos recursos propios, ora valiéndose de ajenos medios y procedimientos, como de conductores, y nada más que conductores, para regenerar la sociedad y transformarla por entero á su imagen y semejanza, pudo darse por muerta la civilizacion pagana, y con ella los falsos ideales que acariciaba. Desde entónces los poetas no cantaron ya las hazañas de los vencedores en los juegos de Olimpia, ni coronaron de laurel y mirto á los pugiles y atletas que salian ilesos del sangriento anfiteatro: diéronse á narrar y describir pasajes bíblicos, escenas misteriosas de la religion, hechos de la pasion y muerte de Jesus; celebráronse los dolores de María, su inmaculada pureza, su gloria inmarcesible; tributáronse homenajes de simpática admiracion á las egregias virtudes de los santos, á la penitencia y mortificacion de los cenobitas y anacoretas, á la sublime y candorosa elocuencia de los Santos Padres, á los tormentos y suplicios de los mártires..... Y el mundo dió una vuelta y cambió de faz.

El Cristianismo es un tesoro inagotable é infinito, no ya sólo en el órden moral, intelectual y social, sí que tambien en el órden artístico: El Cristianismo es la única y verdadera religion; es la fórmula humana de la divina voluntad que ha descorrido una punta del velo de su perfeccion absoluta. No hay paridad entre lo bello humano y lo que nuestra inteligencia percibe de lo bello divino. Média una distancia como de la nada al sér. Por consiguiente, la obra de arte ó literaria que se haga intérprete en algo de la belleza divina será muy



superior á los modelos de la antigüedad, por razon de su esencia de bondad y verdad que contiene en sí, y que no contienen los otros.

Me preguntareis desde luégo: ¿pues qué, la moral es inseparable de la belleza? ¿No existen producciones bellas, muy bellas, que repugnan á la rígida moral cristiana? La belleza es la *realización del arte* con independencia absoluta de la bondad y la verdad; y siendo así, debemos proclamar muy alta la teoría de los críticos y literatos racionalistas modernos: *El arte por el arte*.

Error profundo y manifiesto: no hay tal cosa. El Cristianismo es todo belleza, su moral perfecta, como salida de los labios del Redentor de la humanidad. El fin último de la criatura es ver y gozar á Dios eternamente; su aspiracion en la vida es merecer esta recompensa mediante sus buenas obras. Es por ley de la divina gracia que se nos capitalice para el Cielo todo aquello en que pongamos mano, legislacion, filosofía, industria, artes, siempre que esté inspirado por amor á Jesucristo.

El católico ferviente ve y transmite con la energía de un sentimiento poderoso, con la ternura de un corazon apasionado, con el éxtasis de un arrobamiento místico, ora las grandezas del mundo objetivo, cataratas, precipicios, auroras boreales, cráteres, eclipses, revoluciones planetarias, faunas y floras, fuerzas y materia cósmica; ora el mundo interno subjetivo, pensamientos, delirios, pasiones, afectos, voliciones, sacrificios, estados anímicos de dolor, alegría, tristeza, amor, caridad; pero enseñando y no pervirtiendo, haciendo simpática la virtud y aborrecible el crimen, extirpando errores y



cosechando bienes, ganando almas para el Cielo: que sólo así es grande el arte y bella é imperecedera la literatura.

Esa fórmula del arte por el arte es sofisticada, y además esencialmente mala. Con ella se abren de par en par las puertas á los apetitos y groserías de la carne, á las manifestaciones de una realidad baja y rastrera, á las monstruosidades de una mente alucinada, á las locuras de un cerebro desorganizado. Bello se juzgará á un grupo provocativo de lujuria; bello á un poema que celebre la desesperacion de un suicida; bella á una novela que ataque la indisolubilidad ó la santidad del sacramento del matrimonio; bella á la produccion literaria que arroje su baba venenosa contra esos ángeles de la tierra, esposas del Señor, que renuncian á la vida, á sus pompas y vanidades por un acto heroico de su libérrima voluntad.

El arte por el arte tiene algo de pagano. Da paso libre á todas las inmoralidades con tal que se perciba en el dibujo, en el color, en el modelado, en los versos, en la elegancia y pulcritud del estilo algo que agrade, que cautive la atencion de nuestros sentidos; pero esto es hojarasca, belleza superficial y pasajera, una de las partes de toda obra, ni la mejor, ni la más rica en suaves emociones, ni la de más alta y noble jerarquía. Producen impresiones del instante, que no dejan huella en la mente, ni rastro en la historia. Son estériles para el bien, pero fecundas y dañosas para el mal, porque la forma muere y la idea que la sustenta queda: las vestiduras, por brillantes que sean, desaparecen con el moho del tiempo y la polilla de las novedades; mién-

tras el alma que las ilumina rueda de uno á otro confin y sirve de pasto y doctrina á la muchedumbre de generaciones que se suceden.

El arte por el arte, última manifestacion del libre pensamiento en la esfera de lo bello, es corolario legítimo de aquellas otras libertades de conciencia, de imprenta, de reunion, de enseñanza, consagradas por los modernos publicistas como ilegislables, como base necesaria de todo movimiento individual y social. Los *fin*s de la vida son varios, segun los dogmas de escuela del krausismo, neo-kantismo y positivismo: fin político, fin científico, fin religioso, fin económico y fin artístico. Así, pues, el fin artístico se propone la realizacion de la belleza, y le es completamente indiferente que, bajo del punto de vista moral, ofenda las costumbres, lastime los sentimientos, hiera las creencias, se burle de los misterios, santifique los vicios, escupa al cielo y erija altares al demonio. Señores: con un fin artístico de esta calaña, de esta vil ralea, traducido en hechos, y haciendo *pendant* con los otros fines de la actividad humana, la sociedad se convertiria en hato de bestias feroces y en mansion de perdurables tinieblas. ¡Cien mil veces la muerte, ántes que la vida de reptil inmundo en un infierno semejante!

No presumáis que al explicarme así pretendo que los literatos cristianos han de escribir sermones de Cuaresma, bularios de Pontífices en verso, letanías, panegíricos de Santos, cuentos mazorrales de la austera vida de un trapense, las místicas alegrías de David en romance, ó las lamentaciones de Jeremías en letrillas, y que, fuera de cosas ó sucesos análogos, la belleza es falsa é ilegíti-



ma. Nada ménos que eso. La virtualidad del Catolicismo es de una fuerza inconmensurable. Su teatro de operaciones abarca el infinito; recorre todos los espacios y límites del tiempo, desde el *ab initio* á la eternidad; se eleva desde lo contingente y relativo á lo necesario y absoluto. El hombre, la naturaleza, Dios: hé aquí la síntesis de sus ideales.

El hombre, compuesto de espíritu y materia, puede estudiarse bajo multitud de aspectos; cómo organismo viviente, como union mecánica de gases, líquidos y sólidos, que está sujeto á las influencias y leyes de la física y la química; como vegetal, que participa de los fenómenos de las plantas, nutrición, respiración, nacimiento, crecimiento y muerte; como individuo de la escala zoológica, que goza de movimiento, instintos y sensaciones comunes á todos los animales; y como sér inteligente y libre, que discurre, compara, reflexiona, generaliza, que es capaz de elevarse á las más altas cimas del pensamiento y de crear mundos imaginarios llenos de poesía, que tiene conciencia de sí propio y es causa de todos sus actos. El hombre es el agente de la historia, el que desenvuelve la trama de la vida, ya en el hogar doméstico, ya en sociedades más numerosas y complejas, ya por medio de ejemplares virtudes, ya por determinaciones voluntarias que revelan la grandeza de su destino y lo maravilloso de su rica organización corpóreo-espiritual. El Cristianismo resuelve el enigma de la existencia humana. Por él sabemos, sin necesidad de prolijas investigaciones filosóficas, de dónde venimos, adónde vamos, qué somos. La fe, esa misteriosa luz del Cielo, nos conduce á las regiones de lo impenetrable y desco-



nocido en el punto y hora que la flaca razon nos desampara, dándonos satisfactoria explicacion de todo.

La naturaleza es para el cristiano materia inagotable de estudio y admiracion. En ella ve la obra de un Sér omnipotente, la huella de creadora mano, los resplandores deslumbrantes de la belleza infinita. Esos mundos que giran por el etéreo espacio á distancia de millares de leguas, apareciendo y reapareciendo con regularidad matemática; esos átomos invisibles en continuo movimiento que se descomponen, combinan y transforman incesantemente por influjo del calórico, de la electricidad, de la humedad y del viento, ora dilatándose en nubes de flúido aeriforme, ora agrupándose en geométricas y preciosas cristalizaciones; esas montañas de aguas bramadoras que levantan sus penachos espumosos por cima de los vapores mercantiles y de las escuadras de guerra, tan dóciles y mansos al besar las arenas de la playa, ¿no prestan elementos y recursos al arte?

Dios, principio y fin de todas las cosas, suma de perfecciones absolutas, sabiduría infinita, bien supremo, belleza única, porque todos los demas son pálidos reflejos de la suya; Dios, por quien vivimos, á quien debemos tesoros inapreciables de misericordia, que nos ha colocado á cada uno en su esfera para que labremos nuestra eterna dicha y gocemos de su presencia por los siglos de los siglos, ¿no merece de nuestra parte las primicias de todas nuestras obras, el culto externo de nuestros sentidos y la adoracion interna de nuestra alma? ¿No es Él la Providencia del Universo, el que rige y gobierna las naciones por inescrutables medios, y preside desde su empíreo trono la historia de la humanidad?

Ahora bien—y termino sin epílogo las materias contenidas en este largo y desaliñado discurso, por no abusar más de vuestra benevolencia;—si el Catolicismo es la única y verdadera religion; la que posee un fondo inacabable de hermosura; la que por mil secretas vías labra la felicidad de los pueblos y naciones; la religion eterna, antigua, presente y del porvenir; la que pone en contacto á la criatura con el Criador; la que establece comunicacion con los vivos, con los muertos y con los que están por nacer, forzoso será, señores, que nosotros, católicos, muy católicos, individuos de una Academia que se honra con este glorioso apellido, procedamos cual nuestra noble estirpe é inmaculada bandera exigen. Católicos en el nombre y en las obras; católicos de pensamiento y voluntad; católicos en las producciones literarias, como católicos debemos ser en todas las esferas de la vida, en todas las manifestaciones de nuestro espíritu, en la filosofía, en la ciencia, en las artes, en la política, como en los actos más insignificantes y oscuros de las mutuas relaciones humanas y del hogar doméstico.

Es, pues, esta Sociedad científico-literaria un Centro militante, bendecido repetidas veces por la Cátedra Romana, de controversia, de polémica, de difusion de los sanos y buenos conocimientos, que tiene izado el estandarte de la Cruz frente á las escuelas del mal, frente á las sectas de la herejía y frente al catolicismo liberal mañoso y solapado, para defender, hasta con la vida, el depósito de nuestra fe, el arca santa de nuestras creencias.

Testimonio de ello ha sido ésta, como tantas otras

discusiones, de que conservo memoria en el ya largo período de once años. Presagio seguro, señores, de que, cualesquiera que sean las eventualidades del porvenir, las amargas vicisitudes por que atraviere nuestra querida patria, jamás la Academia de la Juventud Católica,— y ofenderia á las de provincias si no dijera que todas,— jamás, jamás transigirán con el error, venga al descubierto, vomitando blasfemias y anegando en sangre á los pueblos; venga, disfrazado de político cortesano, con la miel en los labios y la hiel en el corazon.—He dicho.

---



